

Sheila Fitzpatrick
La vida cotidiana durante el estalinismo.
Cómo vivía y sobrevivía la gente común en la Rusia Soviética.
Traducción de Ana Bello, Buenos Aires, Siglo XXI, 2019, 376 págs.

Publicado originalmente en 1999 bajo el título *Everyday Stalinism: Ordinary Life in Extraordinary Times: Soviet Russia in the 1930s*, llega a los lectores en español este libro de la historiadora australiana residente en Estados Unidos Sheila Fitzpatrick. Especialista en la historia soviética y autora de obras fundamentales sobre la Revolución Rusa y las primeras décadas de la experiencia bolchevique, desde sus primeros trabajos sobre Lunacharsky y el frente cultural que vieron la luz en la década de 1970 hasta hoy, Fitzpatrick ha publicado casi una veintena de títulos dedicados principalmente al estudio del estalinismo en sus diversas facetas. Luego de dedicar un volumen a la resistencia de los campesinos durante el periodo de la colectivización forzada (*Stalin's Peasants: Resistance and Survival in the Russian Village*

after Collectivization, 1994), en este libro buscó examinar el modo en que millones de hombres, mujeres y niños “comunes” gestionaron su existencia en las urbes soviéticas durante los años más tremendos del gobierno de Stalin. En ambos casos se trata de la historia de gente ordinaria que debió vivir, o más exactamente, sobrevivir, en circunstancias extraordinarias.

Este es un libro de historia social que pone el acento en las prácticas (astucias, destrezas, oportunismo) que la población urbana en la Rusia soviética desplegó a lo largo de la década de 1930, cuando la industrialización y la colectivización de la agricultura provocaron un proceso de desarticulación social masiva que tuvo su aspecto más dramático –más todavía que la vigilancia y el terror- en el comienzo de una era de escasez crónica: los alimentos, los servicios, la vivienda,

la ropa se convirtieron en objetos que solo podían obtenerse a costa de múltiples penurias cotidianas. Las escenas de hacinamiento extremo, las largas filas para comprar casi cualquier cosa y las hazañas y astucias para conseguir pan o un par de zapatos terminaron configurando un estado permanente y sistémico.

Beneficiada por la apertura de nuevos archivos luego de la caída de la Unión Soviética y en diálogo con la historiografía sobre la vida privada que proliferó en aquellos años, la investigación apela a numerosas y variadas fuentes para acceder, tarea siempre espinosa, al modo en que la “gente común” experimentó una época dramática, donde la arbitrariedad, la conmoción y la disolución de todas las referencias eran la norma de una vida sin normalidad. Diarios personales, cartas y peticiones enviadas a los funcionarios públicos y dirigentes del partido, registro de discusiones públicas, informes del Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos (la famosa NKVD, que era casi la única usina que tenía el régimen para medir los ánimos populares), la policía secreta, tiras cómicas, testimonios orales (es muy importante el uso de las entrevistas a exiliados y desplazados rusos luego de la II Guerra Mundial que realizó el Centro de Investigación de Rusia de la Universidad de Harvard), pero también fuentes tradicionales como prensa y documentación producida

por el partido-Estado, conforman un mosaico de recursos que le permiten a la autora recuperar las voces de mujeres abandonadas, niños huérfanos, campesinos desplazados, moradores indeseables, artesanos privados de su oficio, especuladores, patronos, arribistas y delatores.

Fitzpatrick despliega este relato a lo largo de ocho capítulos comenzado por el elocuentemente titulado “El partido siempre tiene la razón”, en el que anticipa el rasgo característico de una historia soviética de la vida cotidiana: la omnipresencia del Estado en todos los órdenes de la existencia. El *Homo Soviéticus*, afirma, como especie social cuyo hábitat era el “estalinismo”, dependía del Estado -en la figura de una pléyade de funcionarios a menudo ineficientes, inexpertos y corruptos-, para comer, para trabajar, para moverse y realizar las tareas más sencillas. Como conjunto de instituciones, rituales y estructuras, más que como ideología o sistema político, el estalinismo tomó forma en los últimos años de la década de 1920, con el abandono de la Nueva Política Económica (NEP) y la adopción de la colectivización y el Primer Plan Quinquenal, y se mantuvo hasta la era de Gorbachov, es decir, varias décadas después de la muerte del dictador, aunque la autora acepta que durante y después de la Segunda Guerra se produjeron cambios sustanciales.

El desplazamiento de los campesinos a las ciudades producto

de la colectivización y la hambruna, la destrucción del artesanado y los oficios debido a la ilegalización de la empresa privada y la colocación del Estado como único distribuidor hicieron que la vida urbana fuera caótica pero también totalmente sujeta a la burocracia, que pasó a jugar un papel central en la gestión de la cotidianidad. La combinación entre burocracia y escasez tuvo como resultado la creación de un sistema informal basado en las relaciones personales (era casi de vida o muerte tener un *blat*, vocablo ruso para decir “contacto”), el clientelismo y la especulación. Una “segunda economía” que alivió la vida de muchos pero también permitió que la “primera economía” se mantuviera en pie.

Fitzpatrick dedica dos capítulos de su libro, el tercero y el cuarto, a reponer los relatos mediante los cuales el Estado ofrecía también, casi de modo imprescindible, una visión de futuro, una utopía, que era la contracara de las privaciones y el sufrimiento. El mañana sería un mundo transformado por la industrialización y la tecnología moderna, redimido por el trabajo y en pleno dominio de la cultura. Dejar el “atraso” en el pasado, “transformarse” por las vías disponibles –el Partido o el estudio– fue una imagen poderosa, pero también una realidad de orden práctico para miles de personas que experimentaron la movilidad social

ascendente durante los años de la llamada “revolución cultural” (dos hombres clave del postestalinismo fueron hijos de este espectacular ascenso, Nikita Jrushchov y Leonid Brézhnev). Esa promesa de futuro creaba héroes del presente: aviadores, exploradores polares, estajanovistas, activistas y escritores formaban una vanguardia que gozaban de ciertas facilidades y un status diferenciado. Esa vanguardia, en particular los funcionarios y la *intelligentsia*, devino en una elite que el pueblo soviético observaba con recelo y culpaba de sus desgracias. Esto fue así en el caso de los funcionarios y no, curiosamente, de los intelectuales y técnicos. Como lo advirtieron innumerables viajeros, entre ellos no pocos latinoamericanos, en ningún otro país del mundo la “cultura” (o más bien la “alta cultura” y sus representantes) gozaba de un fervor popular semejante al de la Rusia del apogeo estalinista. Un país que al mismo tiempo que convertía el aniversario de Pushkin en una fiesta nacional desandaba las aristas más radicales de la revolución de 1917, entre ellas el derecho al aborto, que fue nuevamente prohibido en 1936.

Junto al sistema de astucias generadas por la ineficiencia y la escasez, los soviéticos asumieron la centralidad del partido-Estado en otro aspecto: el de la vigilancia generalizada y el círculo vicioso de la sospecha y la delación. Puesto

que el pasado político “dudoso” y el origen social eran estigmas que costaban la deportación, el exilio o el desplazamiento forzado (fue así con los considerados *kulaki*, pero también con los marginales y las prostitutas en las ciudades), el ocultamiento y la denegación de la identidad eran constantes, alimentando la paranoia de los “enemigos ocultos”, el acecho constante y el peligro de una nueva guerra, cuyo punto máximo fue el gran terror del año 1937. Una sociedad vigilada y a la vez vigilante, entrenada en descifrar mensajes crípticos y descubrir argucias para salvar el pellejo, fue la que atravesó uno de los episodios más dramáticos del siglo XX. Las grandes purgas que se desataron aquel fatídico año fueron un exceso dentro del exceso. Los enemigos estaban en todas partes, incluso dentro de uno mismo.

En este sentido, el último capítulo del libro es quizás el que menos ha resistido los años que pasaron desde su primera publicación. La “revolución de los archivos” que atravesó la investigación sobre la experiencia soviética en las últimas décadas y la cantidad abrumadora de textos que se escribieron sobre este periodo, han vuelto relativo -entre

otras impugnaciones que se le han realizado sobre la interpretación del período, tal el caso del concepto “revolución cultural”- el aserto de Fitzpatrick acerca de que la particularidad del gran terror fue estar dirigido a la elite comunista, cuya escenificación máxima fueron los juicios a la “vieja guardia” bolchevique. Ahora sabemos que en realidad fueron personas sencillas y ajenas al partido el blanco principal de un plan que respondió a criterios sociales y étnicos. Una arista que no modifica, sino que más bien dramatiza, las conclusiones de una investigación que habla sobre el modo en que es posible hacer una vida en condiciones permanentes de imprevisibilidad y arbitrariedad. Para Fitzpatrick, los hombres y mujeres soviéticos incorporaron el miedo, pero también, o por eso mismo, asumieron riesgos impensados para vivir y sobrevivir, mirando con escepticismo y hasta incredulidad como su mundo conocido se transformaba de modos alucinantes.

ADRIANA PETRA
LICH/UNSAM/CONICET
ARGENTINA